

Treinta gramos de oro

Manuel Arranz

Treinta gramos de oro

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: *Marguerites*, Odilon Redon, 1900-1901
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2017
© Manuel Arranz, 2017

ISBN: 978-84-946593-2-4

Depósito legal: M-21495-2017

Impreso por Gami

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Siempre llueve en el recuerdo

Ayer me pasé todo el día esperándola y no llegó. Ya sé, ya sé lo que me van a decir, que no hay que confiar en ella, que no hay que esperarla nunca, que si llega bien, y que si no, también. Pero, qué quieren que les diga, yo la necesito. Yo sin ella no soy nadie. Y no crean que no he intentado convencerme de que no existe, de que este es un oficio como otro cualquiera, que no tiene secretos, como otro cualquiera, vamos, trabajo y disciplina. O imitación. Pues a mí no me funciona. Me he pasado años levantándome temprano, o acostándome tarde, y sentándome en la mesa con la mirada perdida, como ustedes, imagino. Y lo he probado todo, el café, el whisky, las vitaminas, a algunos parece que les funciona. No es que no se me ocurriera nada, claro que se me ocurrían cosas, a quién no se le ocurren cosas. De pronto recordaba la casa de mis abuelos, los interminables pasillos, aquellas camas demasiado altas, y

las imágenes religiosas, santos y vírgenes, en todos los rincones de la casa. Recordaba la mesa camilla junto a la ventana que daba a un patio interior, y la colección de El Globo encuadernada que me permitían ver mientras merendaba pan con chocolate. Recordaba un viaje en tren. La agitación de la estación. Mi madre llevándonos de la mano. Mi padre delante, con las maletas. El taxi. Y lo escribía, lo escribía todo, como ustedes, supongo, lo mismo que ustedes. Otras veces se me ocurría hacerme preguntas metafísicas. Ya saben, esa extrañeza que de pronto sentimos ante todo lo que hasta ese momento nos era familiar. El recuerdo de una mirada mucho tiempo atrás. Siempre de una mujer, claro. O aquellas sombras inquietantes entre los arbustos en el parque al anochecer. El pánico algunas noches. Todavía hoy. Y también lo escribía. Lo escribía todo. Guardaba mis notas y trataba de convencerme de que estaba avanzando, de que ese era el camino. De que ahora solo se trataba ya de mezclar los recuerdos con las preguntas metafísicas. Dar con una buena mezcla, vamos. La cosa tampoco parece tan difícil. Y de nuevo lo hacía. Volvía a escribir sobre lo que había escrito. Los taxis esperaban a la salida de la estación. Mi padre siempre se sentaba al lado del conductor. Nosotros detrás, con mi madre. Casi siempre llovía. O tal vez yo solo recuerdo las veces que llovía. He notado que en el pasado casi siempre llueve. Parece que la lluvia en vez de borrar los recuerdos los fija

con más fuerza. Todo esto, ya lo ven, lo sé hacer. Como ustedes, tan bien como ustedes. Pero no es suficiente. Yo sé que no es suficiente, y la sigo esperando a ella. Sé que solo ella puede darme lo que me falta, y confío en que un día venga a verme. Confío en que me haga una visita. Y si se queda, mejor. Ya sé que ustedes piensan que no existe, que es una quimera, una idea romántica en la que solo creen los fracasados. Pero yo, qué quieren que les diga, yo la presiento. La huelo casi. Y sé que si por fin llega, llegará un día de lluvia.

La caracola

Hasta los catorce años no vi el mar. Una mujer desnuda, mucho más tarde. No, no me pasaba nada, sencillamente eran otros tiempos y yo era un niño del interior. En cuanto al mar, mucho antes de verlo, lo había oído en una caracola enorme que adornaba la biblioteca del despacho de mi padre. Les aseguro que se oye. No es el mar de las playas, ni las olas cuando rompen en las rocas, por eso algunas personas se confunden y dicen que no es el ruido del mar. Lo que se oye son las profundidades del mar, que es en definitiva donde viven las caracolas marinas. De aquella época tengo también el recuerdo de un árbol y una mujer subida a él. El árbol era un frutal, pero no sabría decirles cuál. Sé que era un frutal porque la mujer se había subido a él a coger fruta. Yo aparentaba estar muy interesado en la fruta que he olvidado porque a la mujer se le veían las bragas. Hasta que un adulto se dio cuenta de mi interés y todo el mundo se echó a reír. Menos

yo, claro. La caracola no era tan grande como a mí me parecía. Hoy adorna un estante de mi cuarto de baño. Todavía, de cuando en cuando, me la arrimo a la oreja para oír el mar. Y les aseguro que se oye.